

Petróleo: la historia que no fue

Pemex éramos todos, afirma el investigador Lorenzo Meyer; un símbolo de nacionalismo, autodeterminación y soberanía. Era un éxito colectivo en un país de individualidades.



Lorenzo Meyer

Jorge Ojeda

ERNESTO NÚÑEZ

Cuando se habla en los libros de texto gratuito sobre la Expropiación Petrolera se habla de "la consolidación del México contemporáneo". Progreso, nacionalismo, soberanía, son valores que, durante más de siete décadas, la educación pública ha vinculado con la palabra petróleo.

El petróleo y la imagen del general Lázaro Cárdenas como el artífice de la nacionalización se instalaron en el imaginario colectivo como uno de los pocos episodios de éxito en la historia nacional, plagada de derrotas y fracasos.

En torno al petróleo se han erigido monumentos, obras de infraestructura, plazas, parques, auditorios, instalaciones deportivas, carreteras...

"Debido a su hondo significado histórico y por su importancia económica y política, la naturaleza de la industria petrolera se mantiene como un asunto que no se circunscribe al ámbito de la racionalidad económica, sino que toca un tema muy sensible de la imaginación colectiva con relación a la soberanía, a la idea que México como sociedad nacional tiene de sí mismo frente al exterior", explica el historiador Lorenzo Meyer en su libro *Las raíces del nacionalismo petrolero en México* (Océano, 2009).

Después de la reforma energética de Enrique Peña Nieto, aprobada por diputados y senadores, Lorenzo Meyer sostiene su tesis: el petróleo dio sentido y viabilidad a un país históricamente derrotado. Pero ahora el historiador habla en pasado de ese símbolo llamado petróleo.

Es 18 de marzo de 1938, y el general anuncia la Ley de Expropiación. Argumenta sus razones y pide a la nación entera apoyo moral y material para las duras decisiones que se habrán de emprender.

En los materiales disponibles en internet, el discurso (cuyo audio se conserva en el archivo de la Fonoteca Nacional) transcurre acompañado de imágenes de ese y otros días, anteriores y posteriores a la Expropiación: Cárdenas visitando los pozos petroleros, Cárdenas con obreros, Cárdenas rodeado de niños, Cárdenas en el balcón de Palacio Nacional observando una manifestación de apoyo a su decisión, Cárdenas y la población volcada para contribuir a la nacionalización de las empresas expropiadas.

La construcción del mito, sin embargo, va más allá de esas imágenes.

Lorenzo Meyer ubica siempre en razones mucho más profundas, situadas en el nacimiento de México como nación independiente.

El 18 de marzo de 1838 coincide en una fecha emblemática —según el libro— porque en ningún momento anterior en su historia el país pudo disponer plenamente de sus recursos naturales, en este caso petróleo, no renovable explotado por empresarios extranjeros desde el Porfiriato.

La Expropiación coincide al proceso iniciado desde la Constitución de 1917 cuando se intentó limitar el dominio de las compañías extranjeras sobre el petróleo. Desde entonces se había podido pensar en nacionalizarlo, lo que otorgaba a la nación un recurso "indivisible e inprescriptible" según la Constitución.

La Expropiación implicaba, según la Constitución, lo que la ley no había podido hacer: el fin de la explotación política y económica de los recursos naturales por extranjeros.

"El petróleo siempre estuvo en un terreno delicado, porque la Constitución lo declaró como un recurso inalienable e inprescriptible, lo que significaba que el Estado tenía el deber de explotarlo por sí mismo o a través de una empresa mexicana", explica Meyer.

Por eso, el nacionalismo petrolero se convirtió en un símbolo de la soberanía y la autodeterminación de México, lo que el país había perdido desde la independencia por el dominio extranjero de sus recursos naturales.

Cuando se habla del Porfiriato, se reconoce haberse iniciado una campaña de propaganda que se pretendía demostrar que la nación mexicana tenía recursos naturales explotables.